Poco á poco la acera se había ido despejando. Se habían llevado á la señora Vetu y á la Grivota, y Gerardo se llevó al Sr. Sabathier en una carretilla; mientras que el barón Suire y Berthaud ya daban órdenes para el tren verde que esperaban. No quedaba más que María al celoso cuidado de Pedro. Pero cuando la hubo trasladado al patio de la estación, notaron que el señor de Guersaint había desaparecido. Mas no tardaron en divisarlo en gran conversación con el abate Des Hermoises, con quien acababa de trabar conocimiento. La admiración de la naturaleza, que ambos sentían por igual, les había aproximado mutuamente. Había amanecido ya, y las montañas vecinas se mostraban en toda su majestad. Guersaint lanzaba exclamaciones de entusiasmo.

—¡Qué país, señor! Hace treinta años que deseo visitar el circo de Gavarnia. Pero todavía está muy lejos, y cuesta tan caro ir, que probablemente no podré realizar jamás esta excursión.

—Se equivoca usted, caballero. Nada más factible. Asociándose varios, el gasto es módico. Y, precisamente, yo quiero volver este año; de manera que si usted quiere ser de los nuestros....

—¡Ya lo creo!... Hablaremos. Muchas gracias.

Su hija llamaba y se dirigió hacia ella, después de un cordial cambio de saludos. Pedro había resuelto llevarse él mismo á María al Hospital, para evitarle el transbordo á otro coche. Los ómnibus, los landaus y las jardineras volvían ya á llenar el patio, esperando el tren siguiente y costó algún trabajo llegar á la carretera con el diminuto vehículo, cuyas ruedas bajas se metían en el fango hasta los cubos. Los agentes de policía encargados del servicio de órden público, echaban pestes contra aquel lodazal, que les salpicaba las botas. Las mujeres que obrecían cuartos para alquilar, eran las únicas que no hacían caso de los baches, atravesándolos en todos sentidos, en persecución de los peregrinos que salían.

Mientras la carretilla rodaba más libremente cuesta abajo, María preguntó de pronto á Guersaint, que andaba cerca de ella:

—Padre, ¿qué dia es hoy?

—Sábado, hija mía.

—Es verdad, sábado; el dia de la Santa Virgen.... ¿Va á curarme hoy mismo?

Detrás de ella, furtivamente, dos hombres bajaban, oculto en una camilla cubierta, el cadáver del infeliz que había sucumbido en el tren y que acababan de recoger en el fondo de la sala de las Mensajerías, á la sombra de los toneles, para conducirlo á un lugar secreto que el padre Fourcade había designado.

II.

El Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, construido por un canónigo caritativo y dejado sin acabar por falta de dinero, es un vasto edificio de cuatro pisos, demasiado alto, por la dificultad de subir á los enfermos. Ordinariamente está ocupado por un centenar de ancianos enfermos y pobres. Pero en el momento de la peregrinación nacional, estos viejos son trasladados á otra parte por tres días, y el Hospital se alquila á los padres de la Asunción, que á veces instalan en él quinientos ó seiscientos enfermos. Por más apiñados que se les instale, las salas siempre resultan insuficientes.

Los tres ó cuatrocientos enfermos que quedan son distribuídos entre el Hospital de la Salud, para los hombres, y el Hospicio del pueblo, para las mujeres.

Aquella mañana, bajo el sol naciente, la confusión era grande en el patio enarenado, delante de la puerta guardada por dos curas. Desde la víspera, el personal de la Dirección occidental se hallaba instalado en una sala de la planta baja, con gran abundancia de registros, tarjetas y fórmulas impresas. Querían hacerlo todo mucho mejor que el año anterior. Las salas del piso bajo estaban destinadas á los enfermos más impotentes. La distribución de tarjetas, con el nombre de la sala y el número de la cama, se iba á hacer con mucho cuidado, para evitar errores de personalidad, como se habían dado casos.

Pero ante la afluencia de enfermos llegados en el tren blanco, las mejores intenciones eran ineficaces, y las nuevas formalidades complicaban de tal modo las cosas, que hubo necesidad de colocar á los desgraciados enfermos en el patio, á medida que llegaban, hasta poderlos admitir con un poco de orden.

Repetíase, pues, el desenfardo de la estación, el lastimoso campamento al aire libre, mientras que los camilleros y los empleados de la secretaría, jóvenes seminaristas, corrían de un lado para otra, atolondrados.

—¡Han querido hacer demasiado bien las cosas!, gritaba desesperadamente el barón Suire.

Y era verdad. Nunca se habían tomado tantas precauciones inútiles. Caían en la cuenta de que habían clasificado en las salas de arriba á los enfermos más difíciles de mover, á consecuencia de errores inexplicables.

Era imposible hacer la clasificación; todo iba á organizarse nuevamente al azar; y empezó la distribución de tarjetas, mientras que un

joven cura inscribía en un registro los nombres y los domicilios para la inspección. Cada enfermo tenía que presentar su farjetón de hospitalidad, del color del tren, con su nombre y su número de orden, y en él se añadía el nombre de la sala y el número de la cama. Todo lo cual eternizaba el desfile de las admisiones.

Entonces, en todo el vasto establecimiento, de arriba abajo, á través de los cuatro pisos, se produjo un pisoteo sin fin. El Sr. Sabathier fué uno de los primeros instalados, en una sala del entresuelo, llamada de los matrimonios, porque en ella las mujeres podían asistir y acompañar á sus maridos.

Fuera de éstos, no se admitían más que mujeres en el Hospital de Nuestra Señora de los Dolores. Pero aunque el padre Isidoro iba con su hermana, consintieron en considerarlos como un matrimonio y colocaron al cura en la cama inmediata á la del Sr. Sabathier.

La capilla estaba al lado, llena todavía de yeso, con los huecos cerrados con simples tablas.

También quedaban varias salas sin concluir; sin embargo, se hallaban provistas de colchones, donde las enfermas se acumulaban rápidamente. Las que podían andar, sitiaban ya el refectorio, larga galería cuyas anchas ventanas daban á un patio interior; y las hermanas Saint-Frai, sirvientas ordinarias del Hospital, encargadas de la cocina, distribuían tazas de café con leche y de chocolate á todas aquellas pobres mujeres, estenuadas por el terrible viaje.

—Descansen ustedes; repongan fuerzas;—iba diciendo el barón Suire, que se prodigaba, mostrándose á la vez en todas partes.—Tienen ustedes tres horas largas. Aún no son las cinco, y los reverendos Padres han dado orden de no ir á la Gruta hasta las ocho, para evitar un excesivo cansancio.

En el segundo piso, la señora de Jonquière había tomado posesión, antes que nadie, de la sala de Santa Honorina, de la cual era directora. Habíase visto obligada á dejar abajo á su hija Ramona, que estaba agregada al servicio del refectorio; pues el reglamento prohibía que las solteras entrasen en las salas, donde hubieran podido ver cosas poco decorosas y demasiado horribles. Pero la señora Désagneaux, simple dama hospitalaria, no se había separado de la directora, á la cual pedía órdenes, muy contenta de poder sacrificarse al fin.

—Señora, ¿están bien arregladas todas estas camas? ¡Si yo las rehiciese con la hermana Jacinta!...

La sala, pintada de amarillo claro, mal alumbrada por un patio interior, contenía quince camas, puestas en dos hileras, arrimadas á la pared.

—Luego veremos—contestó la señora de Jonquière, ocupada en contar las camas y examinar aquella sala larga y estrecha.

Despuéz añadió á media voz:

—No es posible que quepan. Me han anunciado veintitrés enfermos; habrá que poner colchones en el suelo.

Sor Jacinta, que acababa de entrar después de haber dejado á sor San Francisco y á sor Clara de los Angeles instaladas en una pieza inmediata, transformada en cuarto de ropa blanca, levantaba ya las coberturas y examinaba las camas. Después de lo cual tranquilizó á la señora Désagneaux.

—Las camas están bien hechas; todo limpio. Se conoce que las hermanas Saint-Frai han cuidado de esto. Los colchones de reserva están ahí cerca; si usted quiere ayudarme, podemos poner en seguida una hilera, entre las camas.

—¡Sí, señora!—exclamó la damita hospilaria, exaltada por la idea de traginar colchones, con sus débiles brazos de hermosa rubia.

La señora de Jonquière tuvo que calmarla.

—Luego, luogo; no corre prisa. Esperemos que lleguen los enfermos... Esta sala no me gusta mucho; difícilmente se puede ventilar. El año pasado me dieron la sala de Santa Rosalía, en el primer piso... En fin, vamos á ver cómo nos arreglamos.

Llegaron otras damas hospitalarias, y la sala quedó convertida en una especie de colmena de abejas laboriosas, ávidas de empezar su trabajo. Aquél gran número de enfermeras pertenecientes á la aristocracia y á la clase media, movidas por mucho celo y un poco de vanidad, era otra causa de confusión.

Había más de 200. Como cada una, al entrar en la hospitalidad de Nuestra Senora de la Salud, tenía que hacer un donativo, no se atrevían á rechazar ninguna, por temor de que disminuyesen las limosnas, y su número iba en aumento de año en año. Por fortuna, muchas se contentaban con llevar al pecho la cruz de paño rojo, y emprendían excursiones tan pronto como llegaban á Lourdes. Pero las que se sacrificaban hacían verdamente actos meritorios, pues pasaban cinco días de abominable fatiga, durmiendo apenas dos horas por noche, viviendo en medio de los espectáculos más tristes y más repugnantes. Asistían á las agonías, curaban llagas apestadas, vaciaban jofainas y bacinillas, mudaban de ropa á las baldadas, cambiaban de postura á los enfermos; una faena atroz, abrumadora, á la cual no estaban acostumbradas. Así es que volvían de la peregrinación completamente derrengadas, muertas, con ojos de fiebre, ardiendo en el gozo de la caridad que las exaltaba.

—¿Y la señora Volmar?—preguntó la Désagneaux.—Creía encontrarla aquí.

La de Fonquiére cortó la conversación, como si estando al corriente de lo que ocurría, hubiese querido que nadie hablase de ello, por indulgencia de mujer tierna con las miserias humanas.

—No es muy robusta y ha tenido que irse á la fonda á descansar. Hay que dejarla dormir.

Distribuyó luego las camas entre aquellas señoras; dos para cada una. Y todas acabaron de tomar posesión del local, yendo y viniendo, subiendo y bajando, para darse cuenta de dónde estaban la administración, la ropa y las cocinas.

—¿Y la farmacia?—preguntó la Desagneaux.

Pero no había farmacia. Ni siquiera había allí ningún personal médico. ¿Para qué? ¿No eran todas enfermas desahuciadas de la ciencia, desesperadas que venían á pedir á Dios la salud que los hombres no podían prometerlas? Durante la peregrinación se suspendía todo tratamiento médico. Si una enferma entraba en la agonía, la sacramentaban. El joven médico que ordinariamente acompañaba al tren blanco con su botiquín, no tenía más misión que la de procurar algún alivio á las enfermas que lo reclamasen en sus ataques.

Justamente la hermana Jacinta llegaba con Ferrand, que sor San Francisco había hecho instalar en un gabinete contiguo al cuarto de la ropa blanca.

—Señora—dijo él á la de Jonquière,—estoy enteramente á su disposición. En caso de necesidad, mándeme usted llamar.

Apenas le escuchaba la directora de la sección, que en aquel momento discutía acaloradamente con un joven cura de la administración, porque non había más que siete bacinillas para toda la sala.

—Sí, señor—dijo al médico;—necesitábamos una poción calmante...

Pero no concluyó; sino que volvió á la discusión:

—En fin, señor abate, procure usted facilitarme cuatro ó cinco más... ¿Cómo quiere usted que hagamos? Si ya es tan penoso...

Ferrand escuchaba, mirando con asombro toda aquella gente extraordinaria, en medio de la cual se hallaba metido por casualidad desde la víspera. El, que no creía, que únicamente estaba allí por amistad y por caridad, quedaba asombrado de tanta miseria y sufrimiento, entregado ciegamente á la esperanza de la felicidad.

Lo que más sorprendió al joven médico fué el abondono de toda precaución, el desprecio de las más sencillas indicaciones de la ciencia, en la seguridad de que, si el cielo quería, se operaría la cura desmintiendo las propias leyes de la naturaleza.

¿A qué hacer, pues, aquella última concesión al respeto humano, de llevar un médico para el viaje?

Ferrand se volvió a su gabinete, vagamente avergonzado, considerándose inútil y un poco ridículo.

—Por lo que pueda ocurrir, prepare usted las píldoras de opio—le explicó sor Jacinta, que entraba con él en el cuarto de la ropa blanca.

—Sin duda, harán falta, porque vienen enfermos que me preocupan.

Y puso en él sus grandes ojos azules, tan dulces, tan buenos, con su eterna y divina sonrisa. Con aquel tragin, la sangre le coloreaba el cutis resplandeciente de juventud. Y como buena amiga, que consentía en compartir con él los asuntos del corazón, le dijo:

—Si necesito ayuda para levantar ó acostar algún enferme, cuento con usted.

Entonces, alegróse de haber venido, de encontrarse allí, al pensar que iba á serle útil. La recordaba sentada á la cabecera de su cama, cuando estuvo á punto de morir, cuidándolo con manos fraternales y con una gracia jovial de angel sin sexo, mezcla de camarada y de mujer. No pensaba siquiera en la creencia religiosa que iba unida á ella.

—¡Todo lo que usted quiera, mi hermana! Usted dispone de mí, en absoluto, y tendré una gran satisfacción en servirla. Usted sabe la deuda de gratitud que tengo contraída con usred.

Con mucha gracia, ella le impuso silencio aplicando un dedo sobre sus labios. Nadie la debía nada; no era más que la sirvienta de los enfermos y de los pobres.

En aquel momento entraba la primera enferma en la sala de Santa Honorina. Era María, á quien Pedro acababa de subir, con ayuda de Gerardo, tendida en su caja de madera. Habiendo salido la última de la estación, llegaba antes que las demás, gracias á las complicaciones sin fin que de pronto detuvieron á todas las enfermas, para dejarlas después al azar de la distribución de los tarjetones.

El Sr. de Guersaint había tenido que separarse de su hija á la puerta del Hospital, á instancias de esta, que lo aconsejó fuese inmediatamente á comprometer dos cuartos en cualquier fonda: uno para él y otro para Pedro. La pobre estaba tan rendida, que después de haberse desesperado por no poder ser conducida inmediatamente á la Gruta, consintió en que la acostasen un momento.

—Vamos, hija mía—repetía la señora de Jonquière,—tiene usted tres horas para descansar. Vamos á acostarla en su cama. Estará usted molida de ir encajonada de ese modo.

Levantóla por las espaldas, mientras que sor Jacinta le sostenía los pies. La cama se encontraba en el centro de la sala, cerca de una ventana. La enferma permaneció un instante con los ojos cerrados, como extenuada. Luego fué preciso que Pedro entrase, porque estaba nerviosa, impaciente, diciendo que tenía que explicarle ciertas cosas.

—No se vaya usted, amigo mío; se lo suplico. Llevese esta caja al relleno de la escalera, pero quédese aquí, porque quiero que me lleven tan pronto como me lo permitan.

—¿Está usted mejor en esa cama?—preguntó el joven cura.

—Sí, sí; sin duda.... Pero no sé.... ¡Tengo tal impaciencia por llegar á los pies de la Santa Virgen!

Después de haberse retirado Pedro con la caja, María se distrajo con la llegada sucesiva de los enfermos. La señora Vetu, que dos camilleros habían subido en brazos, fué acostada vestida, en la cama inmediata, donde permaneció inmovil, sin respiración, con su máscara amarilla de cancerosa.

No desnudaban á ninguna enferma. Se contentaban con tenderlas, aconsejándolas que procurasen dormir un rato. Las que no necesitaban estar acostadas, se sentaban al borde de los colchones, hablando entre sí y arreglando sus bártulos.

Elisa Rouquet, que también estaba cerca de María, sacó de su cesta un pañolón limpio, lamentándose de no tener un espejo.

En menos de diez minutos; todas las camas se encontraron ocupadas, de manera que, cuando apareció la Grivota, apoyada en sor Jacinta y en sor Clara de los Angeles, fué preciso empezar á tender colchones en el suelo.

—¡Aquí tienen ustedes uno!—exclamó la Dèsagneaux.—Aquí estará bien, lejos de la corriente de aire de la puerta.

Añadiéronse otros siete colchones á la fila, que ocupó todo el paso central. Para circular, era preciso andar con mucha precaución por entre las enfermas. Cada una de éstas conservaba su cesta, su caja, su maleta ó su lío, al lado de sus lechos improvisados. Amontonáronse chismes viejos y pingajos entre sábanas y coberturas.

Parecía una ambulancia lamentable, organizada á toda prisa, después de alguna gran catástrofe, incendio ó terremoto que hubiese dejado en la calle centenares de heridos y miserables.

La señora de Jonquière iba de un extremo al otro de la sala, repitiendo:

—Vamos, hijas mías, no excitarse; procuren dormir un poco.

Pero no conseguia calmarlas, sino que, por el contrario, aumentaba la fiebre general con su azaramiento y el de las otras damas hospitalarias. Había que mudar de ropa á algunas enfermas. Otras tenían necesidades. Una que tenía una úlcera en la pierna, daba tales gritos lastimeros, que la señora Dèsagneaux se había apresurado á curarla; pero tenía pocas mañas, y á pesar de todo su valor de enfermera apasionada, estaba á punto de desmayarse, á causa del dolor insoportable del mal.

Las que se encontraban mejor pedían caldo, y las tazas circulaban entre llamamientos, respuestas y órdenes contradictorias que nadie ejecutaba.

Muy alegre en medio de aquel tropel, la joven Sofia Couteau, que permanecía con las hermanas, corría, brincaba y bailaba en un pie, como colegiala en recreo, llamada y mimada por todas, por la esperanza del milagro que llevaba á cada una.

Transcurrían las horas, en medio de aquella agitación. Acababan de dar las siete, cuando entró el padre Judaine. Era capellan de la sala de Santa Honorina. Le había trasado la dificultad de encontrar un altar libre para celebrar su misa. Al verle entrar, se alzó de todas las camas un grito de impaciencia.

—¡Oh, señor cura; vámonos, vámonos en seguida!

Movíalas un deseo ardiente, irritado, de minuto en minuto, como

abrasadas de una sed cada vez más viva y que sólo podía calmar la fuente milagrosa.

La Grivota, sentada en su colchón, juntaba las manos, implorando que la llevasen á la Gruta. Aquel despertar de su voluntad, aquella febril necesidad de curar que la reanimaba, ¿no era ya un comienzo de milagro? Después de haber llegado inerte, desvanecida, se levantaba, girando sus ojos negros hacia todos lados, espiando la hora bienaventurada en que irrían á llevàrsela. Su rostro lívido adquiría color, ya resucitaba.

—¡Por favor, señor cura! ¡Diga usted que me lleven á la Gruta, porque siento que voy á curar.

El padre Judaine las escuchaba con su aire bonachón, calmando su impaciencia con buenas palabras. Luego iban á partir. Había que tener juicio y dejar organizar las cosas, Además, á la Santa Virgen no le gustaba que la atropellasen; esperaba su hora, y distribuía sus favores divinos á los enfermos más razonables.

Al pasar junto á la cama de María y ver á ésta con las manos suplicantes, detúvose de nuevo.

—¿También usted lleva tanta prisa, hija mía? Tranquilicese usted; habrá gracias para todas.

—Padre—murmuró,—yo muero de amor. Mi corazón está demasiado henchido de ruegos, y me ahoga.

Conmovióle mucho ver tanta pasión en aquella pobre muchacha, tan rudamente herida en su belleza y en su juventud. Quiso calmarla, señalando á su vecina, la Vetu, que no se movía, á pesar de tener los ojos muy abiertos y fijos en las personas que pasaban.

—¡Vea usted que tranquila está la señora! Se recoge, y hace bien en abandonarse como un niño á la voluntad de Dios.

Pero la Vetu murmuraba con voz imperceptible:

—¡Oh! ¡Cómo sufro! ¡Còmo sufro!

Por último, á las ocho menos cuarto, la señora de Jonquière avisó á las enfermas que convenía que se preparasen. Con la ayuda de sor Jacinta, abrochó vestidos y chaquetas, y calzó pies impedidos. Todas deseaban presentarse lo mejor posible ante la Santa Virgen. Muchas tuvieron la delicadeza de lavarse las manos. Otras desembalaban sus trapos y se ponían ropa limpia.

Elisa Rouquet había concluído por descubrir un espejo de bolsillo en manos de una de sus vecinas, mujer enorme, hidrópica muy aseada.

Se lo había hecho prestar y lo tenía puesto en la almohada, mirándose en el para ponerse con un cuidado infinito la manteleta, de modo que ocultase la monstruosidad de su rostro y su llaga sanguinolenta. De pie, delante de ella, la pequeña Sofia la observaba con atención.

El abate Judaine dió la señal de la marcha para la gruta. Quería acompañar á sus amadas hijas de sufrimientos en Dios como él decía

mientras que aquellas damas de la Hospitalidad y las hermanas se quedaban allí para poner la sala en orden. Esta se vació en seguida. Los enfermos fueron bajados en medio de un nuevo tumulto. Pedro, que había vuelto á poner las ruedas á la caja en que iba María tendida tomó la delantera del cortejo, compuesto de unos veinte carritos y camillas.

Las demás salas se vaciaban igualmente. El patio estaba lleno, y el desfile se organizaba casi por sí solo. Pronto hubo una cola interminable, bajando la cuesta de la Avenida de la Gruta; de suerte que Pedro llegaba ya á la Meseta de la Merlasse, cuando las últimas camillas acababan de salir del patio del Hospital.

Eran las ocho. El sol, ya alto, un sol de Agosto triunfal, brillaba en el cielo de una pureza admirable. Lavado por el aguacero de la noches, el azul del aire parecía nuevo, de una frescura virgen. Y el espantoso desfile, aquél ejército del sufrimiento humano, recorría la cuesta bajo el resplandor de aquella radiante mañana.

La cola de las abominaciones se alargaba sin acabar nunca. No se observaba ningún orden en aquella mezcolanza de males, que parecía el desbordamiento de un infierno en que se hubiesen acumulado las enfermedades monstruosas, los casos raros y atroces, que extremecían.

Veíanse cabezas comidas por el eczema, frentes coronadas de roseola, narices y bocas en las cuales la elefantiasis había formado grietas deformes. Resucitaban enfermedades perdidas; una vieja tenía lepra; otra estaba cubierta de liquens, como un árbol pudriéndose en la sombra.

Pasaban luego los hidrópicos, hinchados como odres, con el gigantesco vientre bajo la cobertura, mientras que manos retorcidas por el reumatismo pendían fuera de las camillas, y desfilaban pies abultados por el edema, como talegas llenas de trapos.

Una hidrocéfala, sentada en un carrito, balanceaba un cráneo enorme, cuyo excesivo peso le hacia caer hacía atrás. Una muchacha, alta y flaca, atacada del baile de San Vito, danzaba con todo el cuerpo, sin cesar, con muecas horribles, que le hacían torcer toda la parte izquierda de la cara. Otra muchacha, más joven, le iba detrás dando una especie de ladrido lastimero, cada vez que hacía la mueca involuntaria que le torcía la boca y la mejilla derecha, que ella parecía echar hacia delante.

Venían luego las tísicas, temblando de fiebre, extenuadas por la disentería, demacradas, como esqueletos, con la piel lívida; color de la tierra en que iban pronto á dormir. Una de ellas, blanca, con ojos de fuego, parecía una cabeza de muerto con una luz en el interior.

Sucedíanse después todas las deformidades de las contracciones: talles combados, brazos vueltos, cuellos plantados al revés. pobres seres rotos y triturados, inmovilizados en posturas de polichinelas trágicos. Había sobre todo, una enferma cuyo puño derecho se había retirado á la espalda, mientras que la mejilla izquierda se inclinaba, pegada al hombro.

Veíanse también niñas raquíticas que ostentaban su color de cera y su nuca delicada, roída por humores fríos; jóvenes con el estupor doloroso de las míseras á quienes el cáncer devora los pechos; tendidas y con los ojos fijos en el cielo, que parecían escuchar en su interior el choque de los tumores, tumores grandes como cabezas de niño, que obstruían sus órganos.

Y el desfile no acababa nunca, y era cada vez más lamentable. Una muchacha de unos veinte años, con la cabeza aplastada como la de un sapo, tenía una papera tan enorme, que le colgaba hasta la cintura, como babero de un delantal.

Una ciega avanzaba con ta cabeza erguida, de una palidez marmórea, con las órbitas de sus ojos inflamados y sanguinolentos: dos llagas vivas que manaban pus.

Una pobre imbécil, completamente loca, con la nariz comida por algún chancro, se reía con una risa terrible, dejando ver su boca vacía y negra.

De pronto una epiléptica empezó á sufrir convulsiones, echando espuma en la camilla, sin que el cortejo detuviese su marcha, como hostigado por el viento de la carrera, en aquella febril pasión que lo empujaba hacia la Gruta.

Camilleros, curas y enfermos acababan de entonar un cántico, el de Bernadette, y todo rodaba en medio de la óbsesión de las *Avemarías*. Los carritos, las camillas y los peatones bajaban la cuesta de la calle, como arroyo crecido, arrastrando ruidosamente el caudal de sus aguas.

En la esquina de la calle de San José, cerca de la Meseta de la Merlasse, había una familia de excursionistas, que llegaban de Cauterets ó de Bagnères, y permanecían inmóviles en la acera, profundamente asombrados del cortejo. Debían ser ricos burgueses: padre y madre, muy correctos, y dos muchachas en trajes claros, con caras risueñas de personas que se divierten.

Pero á la sorpresa primera del grupo, siguió un terror creciente, como si hubiesen visto abrirse un hospital de leprosos, de los tiempos legendarios, después de una epidemia.

Las dos muchachas palidecían; el padre y la madre estaban petrificados ante el desfile no interrumpido de tantos horrores, cuyo aire apestado les daba en el rostro. ¡Dios mío! ¡Cuánta fealdad! ¡Cuánta miseria asquerosa! ¡Cuanto sufrimiento! ¡Y todo, bajo aquel hermoso sol, tan radiante; bajo aquel gran cielo de luz y de alegría, donde subía la frescura del Gave, donde el viento de la mañana traía el puro olor de las montañas!

Cuando Pedro, al frente del cortejo, llegó á la Meseta de la Merlasse, se vió bañado por aquel claro sol y por aquel aire tan vivo y embalsamado. Volvióse dirigiendo una dulce sonrisa á María; y al llegar ambos á la plaza del Rosario, en medio del resplandor de la mañana,

quedaron encantados ante el admirable horizonte que se extendía en torno de ellos.

En frente, al Este, aparecía al viejo Lourdes, recostado en un ancho repliegue del terreno, al otro lado de su roca. El sol se alzaba detrás de los lejanos montes, y su rayos oblícuos recortaban como árbol oscuro aquella roca solitaria, coronada por la torre y los muros ruinosos del antiguo Castillo, que fué un tiempo llave tremenda de los siete valles.

En medio del polvo de oro suspendido en el aire, únicamente se divisaban altivas aristas, restos de construcciones ciclópeas, y, más allá, vagas techumbres, los tejados parduscos del antiguo caserío; mientras que aquende el Castillo, desbordaba á derecha é izquierda, la nueva población, riente entre el verde follaje, con las blancas fachadas de sus fondas y hospedarías, y sus hermosas tiendas de ciudad rica y ruidosa, levantada allí en poco tiempo, como por encanto.

El Gave lamía las estribaciones de la roca con sus aguas inquietas, verdes y azules, profundas bajo el puente viejo y saltonas bajo el nuevo puente construído por los Padres, para enlazar la Gruta con la estación y con el *boulevard* recientemente abierto.

Como fondo de aquel cuadro delicioso, de aquellas frescas aguas, de aquellos verdes ramajes de aquella población rejuvenecida, desparramada y alegre, se alzaban el pequeño y el grande *Gers*; dos cumbres enormes de roca desnuda y de hierba rasa, que adquirían en la sombra delicados tintes que morían en la rosada luz.

Al Norte, á la derecha del Gave, más allá de las colinas que sigue la línea del ferrocarril, subían las alturas del Buala, con sus vertientes cubiertas de árboles y anegadas en los resplandores matutinos. Hacia allá se encontraba Bartrés. Más á la izquierda se erguía la sierra de Julos, dominada por el Miramont. A lo lejos se evaporaban otras cimas en el éter.

En primer término, alegraban aquel punto del horizonte, más allá del Gava, los numerosos conventos que se habían escalonado en las sinuosidades herbosas del terreno. Parecían haber crecido como una vegetación natural y pronta en aquella tierra de prodigio.

Veíase, en primer lugar, un Asilo de huérfanos, creado por las Hermanas de Never, y cuyos vastos edificios resplandecían al sol. Venían luego las Carmelitas, en frente de la Gruta, junto á la carretera de Pau. Más arriba, las Asuncionistas, al borde del camino de Poneyferré; las Dominicas, perdida en el desierto, sin enseñas más que un ángolo de su tejado; y finalmente, las Hermanas de la Inmaculada Concepción, llamadas las Hermanas Azules, que habían fundado, al extremo del valle, una casa de retiro, donde admitían señoras solas, como huéspedes, y donde solían albergarse las peregrinas ricas, amantes de la soledad.

En aquel momento, todas las campanas de aquellos conventos repicaban de alegría mientras que al extremo opuesto del horizonte, al Mediodía, les contestaban las campanas de otros conventos, con la misma explosión de alegría argentina.

Cerca del Puente Viejo, la campana de las Clarisas soltaba una gama de notas tan sonoras y argentinas, que parecía el canto de algún pájaro. Y por aquel lado de la población, se veían otros valles y otros montes; una naturaleza accidentada y risueña; una sucesión interminable de colinas, entre las cuales llamaban la atención las de Visens, en que se combinaban preciosos matices de carmín y azul pálido.

Cuando María y Pedro volvieron los ojos hacia el Oeste, quedaron deslumbrados. El sol daba de lleno en el grande y en el pequeño Béout, de crestas de desigual altura. Parecía un fondo de púrpura de oro, un monte verdaderamente deslumbrador, donde no se distinguía más que el camino que serpenteando sube al Calvario, entre árboles.

Sobre aquel fondo inundado de sol, radiante como una gloria, se destacaban las tres iglesias superpuestas, que la débil voz de Bernadette había hecho surgir de la roca, para alabanza de la Santa Virgen. Abajo estaba la iglesia del Rosario, baja y redonda, medio abierta en la roca, en el fondo de la esplanada que encerraban los brazos inmensos, las rampas colosales que se elevan suavemente hasta la Crupta. Había allí un trabajo enorme, toda una cantera de piedras removidas y talladas, arcadas altas como naves, dos avenidas de gigantesco circo, para que la pompa de las procesiones se desplegase y para que el carrito de un niño enfermo pudiese subir fácilmente hasta Dios.

Seguía luego la Cripta, la iglesia subterránea, de la cual no se veía más que la puerta baja, por encima de la iglesia del Rosario, cuya techumbre embaldosada, con sus vastos corredores, eran continuación de las rampas.

Por último, la Basílica se alzaba, algo delicada y sencilla, demasiado nueva, demasiado blanca, con su estilo de joya del Renacimiento, surgida de las rocas de Massabielle como una plegaria, como un vuelo de paloma pura. Su pequeña flecha, vista por encima de las rampas gigantescas, parecía la pequeña llama de un cirio, en medio del inmenso horizonte.

Al lado de la espesa vegetación de las colinas del Calvario, la Basílica presentaba una fragilidad y un candor pobre de fe infantil, y recordaba también el bracito blanco, la manecita flaca de la débil niña que señalaba al cielo, en una crísis de su miseria humana.

No se veía la Gruta, cuya entrada se encontraba á la izquierda, al pie de la roca.

Detrás de la basílica no había más que la habitación de los padres, un edificio sólido y cuadrado, y el palacio episcopal, mucho más léjos, en medio de un valle umbroso que se ensanchaba.

Las tres iglesias resplandecían al sol de la mañana, y la lluvia de oro de sus rayos caía sobre toda la campaña, mientras que el repiqueteo

de las campanas parecía la vibración misma de la luz, el alegre despertar de aquel hermoso día naciente.

De la plaza del Rosario, que atravesaban, Pedro y María echaron un vistazo á la Esplanada, jardín que bordan dos anchos paseos paralelos y que va hasta el nuevo puente. Allí se encontraba, vuelta hacia la Basílica, la gran Vírgen coronada.

Todas las enfermas, al pasar, se persignaban. Y el espantoso cortejo continuaba, entonando su cántico, á través de la naturaleza riente, bajo el cielo lleno de luz, entre los montes de púrpura de oro, los árboles seculares y la eterna frescura de las aguas corrientes; cortejo de condenados, enfermos de la piel; de hidrópicas hinchadas como odres; de reumáticas y paralíticas, retorcidas por el sufrimiento. Y desfilaban las hidrocéfalas, las atacadas del baile de San Vito, las tísicas, las raquíticas, las epilépticas, las cancerosas, las locas y las imbéciles.

¡Dios te salve, María!

La cántiga obstinada arreciaba, arrastrando hacia la Gruta aquella oleada abominable de la miseria y del dolor humanos, en medio del espanto y el horror de los transeuntes, que se quedaban parados, como petrificados ante aquel desfile de infernal pesadilla.

Pedro y María pasaron los primeros bajo el arco alto de una de las rampas. Siguiendo luego la orilla del Gave, apareció de pronto la Gruta. Y María, empujada por Pedro, lo más cerca posible de la reja, únicamente pudo incorporarse en su carrito, murmurando:

—¡Oh, Santísima Vírgen... queridísima Vírgen!...

No había visto nada, ni las piscinas, ni la fuente de los doce años, por delante de las cuales acababa de pasar; ni tampoco veía la tienda de artículos piadosos, á la izquierda, ni á la derecha, el púlpito de piedra, que ya ocupaba el padre Massías. Unicamente la deslumbraba el fulgor de la Gruta; parecíale que ardían cien mil cirios detrás de la verja, llenando de un resplandor de fragua la baja abertura, y envolviendo en una radiación de astro la estatua de la Vírgen, colocada más arriba, al borde de una hendidura estrecha, en forma de ojiva.

Nada existía para la pobre enferma, fuera de aquella gloriosa aparición: ni las muletas, con que estaba tapizada parte de la bóveda, ni los ramos de flores amontonados, que se mustiaban entre las hiedras y los zarzales; ni el altar mismo, colocado en el centro, al lado de un armonium, cubierto con una funda.

Al alzar los ojos, vió encima de la roca, en el cielo, la delicada Basílica blanca, que se presentaba ahora de perfil, con su delgada flecha, perdida en el azul del infinito, como una plegaria.

—¡Oh, Vírgen poderosa!... ¡Reina de las Vírgenes!... ¡Santa Vírgen de las Vírgenes!

Mientras tanto, Pedro había conseguido empujar la carretilla de María hasta el primer término, delante de los bancos de encima, alineados al aire libre, como en la nave de una iglesia. Ya estaban ocupados casi enteramente por enfermos que podían sentarse. Los espacios vacíos se llenaban de camillas colocadas en el suelo, de carritos cuyas ruedas se enredaban unas con otras, de almohadas y colchones, donde se acumulaban todos los males.

Al llegar, vió á los Vignerón, con su triste hijo Gustavo, en el centro de un banco; mientras que á sus ojos apareció en el suelo la cama guarnecida de encajes de la señora Dienlafay, á cuya cabecera oraban de hinojos su marido y su hermana.

Todos los enfermos del vagón estaban allí: el Sr. Sabathier, al lado del padre Isidoro; la Vetu, desfallecida en un carrito; Elisa Rouquet, sentada; la Grivota, exaltada, apoyándose en los puños; la señora Maze, aparte, ensimismada en una oración; la Vincent, postrada de hinojos, presentando su Rosita á la Vírgen, en actitud de madre desesperada, para que la Madre de la divina gracia se apiadase de ella.

La muchedumbre de peregrinos aumentaba á cada momento en torno de aquel recinto reservado, hasta llegar al parapeto del Gave.

—¡Oh, Vírgen clemente!—seguía diciendo María á media voz.—¡Vírgen fiel!... ¡Vírgen concebida sin pecado!...

Luego desfallecía y callaba, en tanto que sus lábios eran agitados aún por una oración mental, y miraba á Pedro con profunda emoción. Este creyó que deseaba manifestarle algún deseo, y le dijo al oído:

—¿Quiere usted que me quede aquí, á su disposición, para conducirla luego á las piscinas?

Después de haber comprendido, rehusó con un movimiento de cabeza.

Agitada por la fiebre, dijo:

—¡No, no! No quiero bañarme esta mañana... ¡Me parece que hay que ser tan digna, tan pura, tan santa, antes de tentar el milagro!... Toda esta mañana quiero orar, quiero rogar con toda mi fuerza y con toda mi alma...

Se ahogaba, y añadió:

—No vuelva usted por mí hasta las once, para volver al Hospital. No me moveré de aquí.

Sin embargo, Pedro no se alejó. Quedóse cerca de ella. Prosternóse un instante; él también hubiera querido orar con aquella fe ardiente, pedir á Dios la curación de aquella enfermita á quien amaba con fraternal ternura. Pero desde que se hallaba delante de la Gruta, se sentía preso de un vago malestar, como una sorda rebeldía que estorbaba al piadoso arranque de su plegaria.

Quería creer; había esperado toda la noche que la fe rebotaría en su alma, como una hermosa flor de ignorancia y de candor, tan pronto como se arrodillase en la tierra del milagro. Y no experimentaba sino malestar é inquietud, en presencia de aquella decoración, ante aquella

estatua dura y descolorida á la falsa luz de los cirios entre la tienda de rosarios, llena de clientes, y el gran púlpito de piedra, desde el cual un padre de la Asunción lanzaba *Ave Marías* á voz en cuello.

¿A tal punto se le había secado el alma al joven cura? ¿Ningún rocío divino podría ya bañarla de inocencia, hacerla igual á esas almas de niño que se entregan enteramente á la menor caricia de la leyenda?

Continuó su distracción, pero vió que el religioso del púlpito era el padre Massías. Lo había tratado tiempo atrás, impresionándole su sombrío ardor, su rostro enjuto, sus ojos brillantes, su gran boca elocuente, violentando el cielo para hacerlo bajar á la tierra. Lo examinaba, extrañándose de ser tan diferente, cuando descubrió, al pie del púlpito, al padre Fourcade, en gran conferencia con el barón Suire. Este último parecía perplejo.

Sin embargo, concluyó por aprobar por medio de un complaciente movimiento de cabeza. También estaba allí el abate Judaine, que detuvo un momento al padre. Su ancho rostro placentero expresaba también cierto asombro; pero se inclinó á su vez.

De pronto, el padre Fourcade apareció en el púlpito, irguiendo su alta figura, de ordinario un poco encorvada por la gota que padecía. No queriendo que el padre Massías, su hermano predilecto, bajase del todo, le tenía detenido en un tramo de la estrecha escalera, apoyándose en su hombro.

Con voz plena y grave, y con una autoridad soberana que hizo reinar el más profundo silencio, dijo:

—Carísimos hermanos; perdonadme si interrumpo vuestras preces; pero tengo que haceros una comunicación; tengo que pedir la ayuda de todas vuestras almas fieles... Esta mañana, hemos tenido que deplorar un triste accidente; uno de nuestros hermanos ha muerto en uno de los trenes en que habeis venido, cuando ya llegaba á la tierra de promisión.

Detúvose algunos segundos. Parecía crecer aún más; su hermoso rostro empezó á resplandecer, en medio de su larga barba.

—Pues bien, amados hermanos míos; á pesar de todo, tengo la idea de que no debemos perder la esperanza... ¡Quién sabe si Dios no ha querido esa muerte, para probar al mundo su omnipotencia!

Paréceme oir como una voz que me habla, que me impulsa á subir á este púlpito, á pediros vuestras plegarias para el hombre, para el que ya no existe y cuya salud está sin embargo en las manos de la Santísima Virgen, que siempre puede implorar á su divino Hijo... ¡Sí! El hombre está aquí; he mandado traer su cuerpo, y tal vez dependa de vosotros que un milagro resonante deslumbre á la tierra, si rogáis con bastante ardor para conmover al cielo... Sumergiremos el cadáver en la piscina, rogaremos al Señor, árbitro del mundo, que lo resucite, que nos dé esa prueba extraordinaria de su bondad soberana...

Un soplo helado, venido de lo invisible, pasó por la concurrencia.

Todos se habían puesto pálidos, y sin que nadie hubiese abierto los labios, parecía correr un murmullo á través de un extremecimiento general.

—Pero—continuó el padre Fourcade, con la vehemente expresión de una fe exaltada;—¡con qué ardor no es preciso orar! Hermanos míos, quiero toda vuestra alma; quiero una oración en que vais á poner vuestro corazón entero, vuestra sangre, vuestra vida, con lo que tenga de más noble y tierno... Orad con toda vuestra fuerza; orad hasta olvidaros de vosotros mismos y del sitio en que os encontráis; orad como se ama, como se muere; porque lo que vamos á pedir aquí es una gracia tan preciosa, tan rara, tan asombrosa, que sólo la violencia de nuestra adoración puede obligar á Dios á respondernos. Y para que nuestras oraciones sean eficaces, para que tengan tiempo de ensancharse y de subir á los pies del Eterno, hasta las cuatro de la tarde no sumergiremos el cadáver en la piscina... ¡Carísimos hermanos, orad, orad á la Santa Virgen, Reina de los Angeles, consuelo de los afligidos!

Y él mismo, dominado por la emoción, cogió el rosario, mientras que el padre Massías prorrumpía en sollozos. Rompióse el gran silencio ansioso; un contagio de exaltación mística invadió la muchedumbre y estalló en gritos, lágrimas y balbuceos desordenados de súplica. Sopló como un delirio aboliendo las voluntades, convirtiendo todos aquellos seres en un solo ser, exasperado de amor, lanzado al deseo loco del imposible prodigio.

Un momento parecióle á Pedro que la tierra faltaba bajo sus pies, que iba á caer desvanecido. Levantóse con dificultad y se apartó.